

Por la mirilla de la historia

Rebecca Donner atrapa con el relato de la lucha por la libertad que protagonizó Mildred Harnack, a la que decapitaron los nazis y de la que es descendiente

Un muchacho cruza las calles de Berlín con información confidencial. Si es descubierto, al chico de la mochila azul lo matarán. Los nazis asesinaron a más de un millón y medio de niños por motivos políticos, raciales o biológicos. El pequeño Don es el correo de Mildred Harnack, una joven profesora universitaria de Milwaukee, Wisconsin, quien en 1932 y junto a su marido, Arvid Harnack, creó el mayor grupo clandestino antinazi de Berlín.

Rebecca Donner (Vancouver, 1971) atrapa nuestra atención utilizando las mejores herramientas de la narrativa de ficción en un ensayo excelentemente documentado sobre la resistencia alemana al nazismo: *La frecuente oscuridad de nuestros días* (Libros del Asteroide, 2023). Una biografía histórica que relata y contextualiza la heroicidad de esta mujer que dejó atrás la confortabilidad de su país para arriesgar su vida y defender la libertad.

En la universidad tejó una red para combatir al fascismo, organizar sabotajes y ayudar a escapar a judíos. Por ello fue condenada a seis



QUIM BARNOLA

meses de cárcel. Pero Hermann Göring, fundador de la Gestapo, furioso por la sentencia, mandó rectificar a los jueces y finalmente fue condenada a muerte por decapitación. Horas antes de llegar al patíbulo, se refugió en la traducción al inglés de poemas de Goethe: «De la frecuente oscuridad de nuestros días nos dio un Dios compensación – loado sea –...». Quizá esta compensación fue el amor de su vida.

Arvid Harnack se afilió al partido nazi y fue nombrado asesor del ministro de Economía del Tercer Reich. El cargo le dio acceso a información confidencial que traspasó a los servicios de inteligencia rusos. No por



Arvid y Mildred Harnack, miembros de la resistencia berlinesa.

convicción estalinista, sino porque creía que era la única manera de acabar con Adolf Hitler. También liberó información a Donald Heath, primer secretario de la Embajada de EEUU, en sus paseos por los bosques de Spreewald. Fue condenado a muerte y ahorcado. Se le concedió un último deseo: despedirse de Mildred con una emocionante carta de amor que hoy incluye este libro.

Donner se sirve del resto de condenados para contar cómo eran los campos de concentración nazis, en especial el de Ravensbrück. A muchas de estas mujeres

aún les tenía que llegar lo peor. Además de ser prostituidas por los nazis, fueron violadas durante la liberación del campo por los rusos. Siguiendo con otras indignidades de los buenos, a Horst Kopkow, oficial de las SS responsable de crímenes de guerra, al mando de la detención, tortura y ejecución de Mildred y Arvid, y el fiscal Manfred Roeder, *el sabueso de Hitler*, fueron protegidos por los aliados e integrados después en sus servicios de espionaje. Murieron de viejos.

Donner, que es descendiente de Mildred, ha tenido acceso a las car-

tas que esta envió a su familia y que han servido para armar la historia con detalles fácticos y descripciones precisas de su cotidianidad. Tejiendo el relato como estuviera observando por una mirilla imaginaria. No solo ha consultado decenas de archivos en el Reino Unido, Alemania, Rusia y EEUU, sino que además detalla exhaustivamente las fuentes, compartiendo el archivo fotográfico de los protagonistas.

Y esto es importante porque, si en algún momento el arte narrativo nos lleva a pensar que es ficción, ahí están los retratos para recordarnos que es una historia verídica. Sin embargo, la profusión de detalles y la contextualización histórica, interesante para autentificar el texto, en algunos momentos puede ser prescindible. En ocasiones aturulla el exceso de información a pesar de que aporta precisión al relato.

Absolutamente fundamental ha sido que Donner haya podido consultar la documentación de Donald Heath, primer secretario de la Embajada de EEUU en la Alemania de Hitler y parte fundamental de la resistencia. Se trata de una aportación histórica de primer nivel. Pero especialmente reveladoras son las conversaciones con su hijo, Donald Heath Jr, el chico de la mochila azul.

Quim Barnola es director/presentador de *El vespre de 24 horas*/TVE.

En el principio de los tiempos, autopublicarse se calificó como la versión acomodaticia de determinadas personas que querían tener su libro, mejor si era encuadernado en tela, en su salón, para lucirlo y regalarlo a sus amigos. Digamos que era un capricho que se podían permitir unos pocos. El resto de los libros autopublicados eran generalmente despreciados por considerarse el recurso de cuatro locos que querían que su libro viera a la luz sí o sí, dado que había sido rechazado por varias editoriales y ellos/as «sabían que las editoriales se equivocaban». Por lo tanto, se autopublicaban, no les importaba tanto que estuviera mejor o peor distribuido, era o es una cuestión de ego. ¿No me publicas? Verás tú lo que te estás perdiendo. Un ingenuo y ególatra pulso con el mundo editorial. En general, eran esfuerzos baldíos porque no llegaban a los lectores. Colocar un libro en una librería no es fácil. En nuestro país hay unos 1.600 puntos de venta, 500 son los básicos.

La eclosión de la autopublicación en las plataformas digitales (es decir, en Amazon) ha cambiado las reglas. ¿Pero las ha cambiado en el

Autoedición, dudas y certezas

Los editores viven de leer y tienen más autoridad moral que cualquiera para descartar o escoger un texto



PERE SUREDA

Miradas

fondo? No. Los motivos por los que se autopublicaban siguen siendo los mismos. La falta de credibilidad, por un motivo u otro, del sector editorial tradicional –pero que ya hace tiempo trabaja los *e-books* y cede los derechos a Kindle– hacia estos textos no ha cambiado. Solo que ahora los que quieren autopublicarse tienen más opciones.

Pensar que en la autopublicación –sea por la plataforma que sea– es la panacea para que tu «maravillosa novela que los editores no comprenden» llegue a los lectores y que estos le harán justicia no es solo inocente, sino vanidoso. ¿Una persona inocente y vanidosa no puede

escribir un excelente libro? Claro. Hay sobrados ejemplos. Pero lo importante es el texto. Ya hace muchos años que existe la profesión de editor. Señoras y señores que leen manuscritos y los descartan o los publican. Es su vocación y su profesión. Encontrar esas perlas que nos deslumbrarán es la tarea del editor. La fundamental, no se puede obviar.

Estamos viviendo en un mercado saturado de libros, de los que sobreviven, con suerte, el 20%. Creer que una editora descartará un bello texto por motivos extraliterarios es una temeridad. Los editores pueden y deben equivocarse en sus elecciones, escoger es renunciar, pero de ahí a que puedan ser suplantados por «nadie» o por una plataforma que cobra por ello es lamentable. Y no es verdad que no se publiquen nuevos escritores. Se publican y muchos, y con marcas de editoriales prestigiosas, pero tampoco es garantía de nada.

No pretendo ser radical. Hay algunos libros autoeditados que son muy correctos, incluso algunos de esos autores, tras haber superado ciertas expectativas, regresan a la industria editorial tradicional. Esa

de la que antes tanto despotricaban. Tampoco me voy a convertir en un adalid en defensa de los editores actuales. Los hay con más visión que otros, cierto, pero esas personas son las que tienen más autoridad moral para descartar un texto.

Concluyendo esta breve aproximación resumiré mis certezas: los editores son de fiar, son profesionales que viven de leer, son lectores más o menos apasionados, pero son lectores todo el tiempo. Mis dudas son más apocalípticas y compartidas por amigos escritores y editores... dudo que sea siempre así. Lo defiendo porque es el mundo en el que nací y en el que vivo. Temo los efectos de la inteligencia artificial, que confundamos lo genuino con lo artificioso. Temo que en el futuro reine el desconcierto y no nos deje distinguir el grano de la paja. Y temo a que desaparezca la duda. Dudar hace más sólidas nuestras convicciones. Desde mi mirada actual y tras dudar mucho, no tengo duda: la edición de libros es cosa de editores y editoras.

Pere Sureda es editor y experto en temas editoriales.